



Museo del Café de Matagalpa

Matagalpa es una de las ciudades nicaragüenses más estrechamente vinculadas a la historia y desarrollo de la industria cafetalera en este país. En la Avenida Central de este municipio, se encuentra el Museo del Café que comparte espacio con la oficina de información turística y la Casa Municipal de la Cultura, una convivencia nada casual, teniendo en cuenta la importancia que el grano ha tenido en la vida de esta tierra y sus gentes, y el excelente atractivo turístico que representa para los miles de visitantes que se acercan a esta zona de Nicaragua.

En el museo se exponen algunos instrumentos utilizados en los primeros cafetales de la región, además de fotografías que ilustran la historia ca-

fetalera matagalpina, la cual tiene su punto de partida en la ambición de un matrimonio alemán llegado a Nicaragua a finales del siglo XIX en busca de oro. Luis Elster y su esposa Katharina Braun fijaron su residencia en San Ramón y allí fundaron en el año 1859, Ludwingwald (La Selva de Luis en alemán), la primera finca cafetalera del norte de Nicaragua. Las semillas que plantaron en sus terrenos, las había traído el propio Elster desde Europa.

Ahora bien, si el matrimonio Elster fue esencial en el inicio de la producción cafetera en esta zona, otro alemán, Otto Kühl Von DerFetch fue decisivo en su crecimiento y desarrollo posterior. El construyó la mayoría de los beneficios de café en las principales

fincas de Matagalpa y Jinotega a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX, fundó varias haciendas, como la de Las Camelias (Jigüina) en el año 1902, la más grande del norte de Nicaragua en aquel momento o La Fundadora en 1912, la más moderna, e inventó e innovó maquinaria, ruedas hidráulicas, canales de agua, etc.

Otto Kühl llegó a Nicaragua en el año 1891. Allí se acogió al programa que facilitaba tierras a jóvenes colonos europeos que tuvieran intención de sembrar café en Matagalpa. Por consejo de otros alemanes escogió una finca en la comarca de El Horno a 1300 metros de altura, y allí levantó su hacienda que bautizó con el nombre de la tierra de su madre "Alsacia".





No había pasado ni un año desde su llegada, cuando Kùlh conoció a Luis Elster, en aquel momento ya, un hombre mayor y con amplia experiencia en el cultivo de café. Elster llevaba años intentando, sin éxito, idear un sistema que permitiera despulpar los granos con facilidad. Advertido por sus compatriotas de la facilidad inventora de Otto Kùlh, le explicó su proyecto. Kùlh, después de varias pruebas armó la primera despulpadora de café en Nicaragua, una máquina estructurada por dos cilindros de madera con unas cabezas de tornillo apenas salidos en la

superficie que lograban quitar la pulpa, la cual caía hacia abajo, mientras el grano salía limpio hacia delante.

Enseguida que los amigos de Kùlh probaron el invento, le sugirieron patentar el modelo de despulpadora en los EE.UU. Él preparó un juego de planos industriales e hizo un modelo de madera para mostrar todas sus partes y entregó el material a dos americanos, uno de apellido Scharp y otro Sheridan que se ofrecieron llevar la patente a su país y registrarla a nombre de Otto, aunque luego nunca lo hicieron. Cuatro

años después en Nueva York, alguien en nombre de la empresa Marcus & Mason patentó una máquina despulpadora igual a la inventada por el matagalpino alemán. Todo hace suponer, pues, que aquella patente era una burda copia. Y para que quede constancia de la potestad de Otto Kùlh en la creación de la primera despulpadora nicaragüense, el Museo del Café de Matagalpa expone una de las primitivas máquinas de Kùlh, cedida por su nieto Enrique Cháves Kùhl, propietario de la finca Santa Elena en Jinotega.

Susanna Cuadras